La Comédiathèque



Como un pez en el Aire

Jean-Pierre Martinez

Monólogos Tragicósmicos

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Como un pez en el aire

Monólogos poéticos, psicoanalíticos y humorísticos

Jean-Pierre Martinez

Sin ser filósofos ni tumbarnos en el diván de un psicoanalista, en nuestros ratos libres o durante las noches de insomnio todos nos preguntamos por el sentido de la vida. O al menos por el de nuestra propia vida. Nos hacemos pequeñas preguntas sin grandes respuestas. O grandes preguntas sin el menor atisbo de respuesta. A menos que la rutina diaria descarrile de pronto y nos precipite, presa del vértigo, al borde del abismo insondable del sentido. Entonces puede aflorar un fondo turbulento y dejar entrever entre las olas, como un monstruo marino, un sentido prohibido... que constituye la esencia tragicósmica de nuestras existencias ordinarias. Una inmersión humorística en las profundidades de nuestras vidas superficiales...

Veintitrés monólogos. Un intérprete por monólogo, hombre o mujer; el conjunto puede ser representado por una sola persona o por varios actores y actrices.

© La Comédiathèque

1 – Sin título

¿Hay alguien? No... Entonces son como yo. Tampoco ustedes han conseguido llegar a ser alguien. Ser hijo de nadie aún tiene un pase. Algunos incluso se han hecho muy famosos. Hay precedentes. Pero ¿quién se acuerda de los padres del hijo de nadie? Nadie. Desde que vine al mundo siempre me dijeron: «Si quieres llegar a ser alguien en la vida, no puedes hacer cualquier cosa». Y créanme, los que me lo decían no eran unos cualquiera. Así que intenté hacer algo de mí mismo. Para llegar a ser alguien, como ellos. Pero no he llegado a nada, lo sé muy bien. Nunca he sabido qué hacer conmigo. Soy un número, como suele decirse. Un número bastante peculiar, según algunos. Algo debo de haber hecho mal. Así que hago lo que puedo. Hago mi numerito. Soy un cómico, como dicen: «¡Vaya cómico está hecho!». ¿Puede un cómico llegar a ser alguien? Para eso tendrían que tomárselo en serio... Pero ni siquiera yo soy capaz de tomarme en serio. Mi médico, cuando le pido una baja, siempre me dice: «¡Deje de hacer teatro!». Por no hablar de mi banquero, que me toma por un payaso. «¿Usted le prestaría dinero a un payaso?», me pregunta siempre. Y menos aún sin cobrar intereses. Cuando uno se presta a la risa, no tiene ninguna garantía de que le devuelvan el préstamo... Por eso los cómicos casi nunca acaban siendo propietarios de su última morada. Yo tampoco tengo casa propia. Hasta dicen que parece que no sé dónde vivo. Si al menos hubiera conocido a alguien en la vida... «Deberías intentar conocer a alguien», como me dicen. ¡Como si fuera fácil entablar una relación seria con una persona que ni siquiera sabe dónde vive! Y eso que yo no pedía gran cosa. No necesariamente alguien muy... Si al menos me hubiera tocado un buen número. Pero no. Me han tocado unos personajes de cuidado, créanme. Ninguna relación estable. Alguna intermitente, de vez en cuando. Muchos números equivocados. Pero nunca el número complementario. Así que el número premiado... Y ahora ya es demasiado tarde, ¿verdad? Sé que no me queda mucho tiempo. Y también sé que, cuando desaparezca, nadie dirá: «Ese sí que era alguien». ¿Se puede siquiera hablar de desaparición en el caso de una persona que nunca ha llegado a ser nadie? No. En mi entierro dirán: «Era un cómico». Si es que va alguien a mi entierro, claro. ¿Se han fijado en que, en los funerales de los famosos, siempre hay una multitud de anónimos, como dicen los periódicos? Una multitud de anónimos... Pero ante las tumbas de los desconocidos nunca hay nadie. Y mucho menos famosos. A no ser que seas un soldado desconocido, mueras por la patria y tengas mucha suerte a título póstumo. No, en tiempos de paz no hay que hacerse ilusiones. Nadie mantendrá encendida la llama de todos los muertos que nunca consiguieron llegar a ser alguien mientras vivían...

2 – Autoestop

¿Adónde va? ¿No lo sabe...? Bueno, suba, que le llevo. ¿Ese es todo su equipaje? Hace bien. Cuando uno no sabe adónde va, no tiene sentido ir cargado. Yo solo llevo una bolsa pequeña. Un cepillo de dientes. Calcetines de repuesto. Un bañador, por si acaso... Abróchese el cinturón; a veces hay controles. Por cierto, yo tampoco sé muy bien adónde voy. Me he cogido unos días libres. Quiero encontrar un sitio tranquilo para hacer balance. Tengo una vaga idea para una novela... Con los ordenadores portátiles, ahora es muy cómodo. Se puede escribir donde sea. Incluso en casa. ¡Y también llevo Internet aquí dentro! Cuando salgo de casa, me llevo el buzón. No está mal esta zona, ¿verdad? Lástima que anuncien mal tiempo. Me gusta conducir así. Haber salido ya sin haber llegado todavía. Me da la impresión de existir un poco. Debe de ser por eso por lo que nunca termino nada. ¡La cantidad de novelas que he empezado! Cuando era pequeño, lo que más me gustaba era el trayecto de casa al colegio. Intentaba prolongar el placer yendo lo más despacio posible. Pero... por mucho que uno se tome su tiempo, siempre acaba llegando a alguna parte. Tengo que parar a echar gasolina sin falta. Avíseme si ve una gasolinera. Sí... Cuando era niño me aterraba la certeza de que algún día moriría. Es el destino de todos, ¿no? Primero intenté convencerme de que yo no era como los demás. Pero enseguida tuve que aceptar que no era Jesucristo. Solo un tiempo elástico me separaba de una muerte segura. ¡Quizá incluso prematura! No solo sabía que iba a morir, sino que ignoraba cuándo. En resumidas cuentas, era urgente frenar para no morir precipitadamente. ¿A qué viene tanto tocar el claxon? ¡Adelanta, si tienes tanta prisa! ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. Como no podía detener el tiempo, intenté aferrarme a cada instante. Para que transcurriera más despacio, ¿comprende? Con la esperanza secreta de que un recuerdo lo bastante intenso lograra atascar el reloj de arena. Para empezar, elegí un instante al azar y decidí arbitrariamente recordarlo toda mi vida. ¡Y funcionó! La primera vez... ¡Un momento inolvidable! Aunque careciera por completo de interés... Nunca he conseguido repetir la hazaña. En cualquier caso, con los años he cambiado de opinión sobre la existencia. Morimos, naturalmente, pero nunca desaparecemos del todo. Nada se pierde, nada se crea. Por desgracia, con el tiempo, la certeza del eterno retorno me aterra todavía más que la de un final definitivo. ¿Es que esto no va a terminar nunca? ¿Y qué va a ser de nosotros cuando muramos? La reencarnación da miedo, si uno lo piensa. Aunque no esté del todo satisfecho con su vida actual, nadie garantiza que, al resucitar, no acabe en la piel de alguien todavía más desgraciado... Hay tanta miseria en el mundo. ¿A usted no le asusta esa ruleta rusa? No sabemos adónde vamos. ¡Ni siquiera sabemos de dónde venimos! ¿Acaso una mariposa recuerda haber sido una oruga? El ser humano ni siquiera recuerda haber sido un mono. ¡Ah, una gasolinera! Creí que nos quedaríamos tirados. Aproveche para estirar las piernas. O para ir al servicio. Tómese su tiempo, no tenemos prisa. No sabemos adónde vamos...

3 – Diván

¿Me tumbo o...? Vale... No sé muy bien por dónde empezar... Encontré sus datos en la guía telefónica... Uno puede preguntarle a un amigo si conoce a un buen dentista que no sea muy caro y que no haga daño, pero... ¿un profesional como usted? Así que consulté las páginas amarillas... Y elegí su nombre al azar. La lista era bastante larga, ¿eh? Un oficio que se cobra en efectivo, en estos tiempos... Dicen que no hace falta tener un título para ejercerlo. Que basta con haber sido paciente para abrir consulta propia... ¿Es verdad? Entonces, cuando salga de aquí, yo también podría... Consideraré que estoy haciendo unas prácticas. Pero ¿no le inquieta que todos sus pacientes se conviertan en posibles competidores? Imagínese: voy a la carnicería, compro una cabeza de ternera y, al salir, abro otra carnicería enfrente... Aunque no creo que ocurra. Detesto la carne... Hasta los huevos me dan cierto reparo. Bueno, como de vez en cuando, pero... Dicen que las aves descienden de los dinosaurios. Entonces un huevo es como un feto de dinosaurio, ¿no? En realidad no elegí su nombre completamente al azar... Estaba el último de la lista. Como su apellido empieza por Z... Supongo que quise reparar una injusticia. Será mi lado Zorro. Imagino que la mayoría elige siempre el primer nombre: señor Aa, señora Ab, señor Bb... Ya me figuro lo que habrá sufrido durante sus estudios... Si los hizo, claro. Siempre el último en pasar el mal trago... Yo estoy en la M. Más bien al final del pelotón, pero bueno... Es curioso: en mi nombre la Z está al final. Mi padre era español... No sé por qué digo «era», porque sigue siéndolo. Quiero decir que sigue vivo. O eso creo... Aunque ¿puede decirse que todavía es español? Se nacionalizó... Francés, quiero decir. No es que lo hayan disecado. Ni congelado. Es increíble la cantidad de mujeres que meten a sus hijos en el congelador, ¿verdad? Entre el pescado empanado y los polos... ¡Si al menos los hijos pudiéramos hacer lo mismo con nuestros padres! Conservarlos congelados hasta saber qué hacer con ellos... ¿Por qué le cuento todo esto? ¡Ah, sí, la Z! Entonces tengo que contárselo todo desde el principio, ¿no? De la A a la Z. O, mejor dicho, de la M a la Z... Porque en mi caso todo empieza por M. Nunca me ha gustado mi nombre de pila: Jean-Pierre. ¿Se ha fijado en las series de televisión? El pobre hombre al que todos toman por idiota suele tener un nombre así de corriente. ¿Se acuerda de *Embrujada*? El marido de Samantha, por ejemplo. Se llama Darrin en la versión original. Ella se pasa el día utilizando sus poderes mágicos para evitar que su marido quede en evidencia por ser tan bobo como parece. Y él, tan campante. Samantha lo quiere porque es buena persona. Bueno, pero un poco idiota. Yo también tengo una hija. Debería haberla llamado Tabitha. No quiero decir que mi mujer sea una bruja. Más bien un hada... Para conseguir aguantarme. Es lo que mi madre le dice siempre: «¿Cómo lo haces para soportarlo?». Mi madre es normanda. Como las vacas. Así que leche, mantequilla, nata... ¡La que habremos comido! Yo no digiero la mantequilla. Debe de venirme de mi padre. En España se usa más el aceite de oliva. Él siempre le decía: «¿Por qué le echas tanta nata a la sopa?». Habría sido mejor preguntarle por qué no echaba más sopa a la nata... No podía evitarlo, al parecer. El atavismo. Al final mi padre encontró a otra persona que le sirviera la sopa... Ahora en casa cocino yo. Así por lo menos sé lo que como. Usted no dice nada, ¿eh? Pero seguro que lo está pensando. Se preguntará por qué he venido a verle. Si lo supiera, supongo que no habría venido. Aunque sí, hay algo. ¿Cómo se lo explico? Cuanto más pasa el tiempo... más cerca me siento del mundo mineral. No sé por qué. ¿Conoce el dicho

«Cuanto más conozco a las personas, más quiero a mi perro»? Pues a mí, con los años, la gente me aburre cada vez más. Los perros también, por cierto. Con las piedras es con lo que de verdad me encuentro a gusto... Una vida humana... Es demasiado corta, ¿no? Pues imagínese una vida de perro. En cambio, una piedra no envejece... Hasta los árboles han dejado de interesarme. Y eso que algunos tienen más de mil años. Pero un árbol también termina muriendo. Incluso puede enfermar. Y luego se lo comen los gusanos, como a todo lo demás. Acaba entrando de nuevo en la cadena alimentaria. Una piedra, no. ¡Nadie se come las piedras! Salvo las gallinas, es verdad... Para fabricar la cáscara de sus huevos. Tiene razón, tampoco puede decirse que las piedras sean eternas... ¿Cree que los dinosaurios también comían piedrecitas para fabricar sus huevos? Entonces ¿de qué sirve ser una piedra, si uno acaba convertido en una cáscara vacía después de una tortilla? ¿Por qué me gustan tanto las piedras, doctor? Quiero decir, señor Z. ¿Cree que tiene algo que ver con mi nombre? Jean-Pierre M. «Pierre» significa «piedra» en francés...

4 – Las horas de la madrugada

Las horas de la madrugada, ¿las conocen? La una, las dos, las tres, las cuatro... A las cinco ya estaríamos casi salvados. Bastaría con esperar un poco escuchando la radio. Pero uno se despierta y mira por la ventana. Ni un resplandor. Aguzamos el oído. Ni el canto de un pájaro. Los diurnos siguen durmiendo; los nocturnos ya se han acostado. Ni la menor esperanza de un amanecer próximo. Estamos en lo más profundo de la oscuridad, en tierra de nadie, en la noche de quienes duermen despiertos. Claro que bastaría con hacer un esfuerzo para levantarse y caminar. Pero sería prematuro. Casi antinatural. Ver la noche antes de haber visto el día... Así que nos toca retroceder. Cruzar de nuevo la frontera. Volver al lugar donde todavía nada puede alcanzarnos. Donde nada puede esperarnos. Donde nadie puede oírnos. El más allá es el más acá de una eternidad reversible. Cuento hasta cien. Hacia atrás. Noventa y nueve, noventa y ocho... Con la esperanza de haber dejado de contar antes de que termine la cuenta atrás. En las noches de insomnio más profundo empiezo por siete mil millones. Seis mil novecientos noventa y nueve millones novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve personas antes de que me toque el turno en esa enorme sala de espera al aire libre que es el mundo de los vivos. ¿Cuánto tardaría en deshojar, una por una, todas esas existencias que no son la mía, hasta reconocerme entre la multitud y encontrar el sueño? Una noche para saber quiénes somos. Qué nos distingue de los demás. Una vida entera para descubrir todo lo que no somos. Morir. Volver a fundirnos en lo indistinto. Dormir. Dejarse llevar. Con el miedo a despertar siendo otro. En una oscuridad que se convirtiera en una pesadilla sin esperanza de mañana. Lo que me mantiene vivo, lo que me mantiene despierto, es el miedo a hundirme una mala noche en el sueño equivocado, en el cansancio eterno. El insomnio es una carrera inmóvil contra el tiempo. Una victoria provisional. Cuatro, tres, dos, uno... Suspendidas entre el sopor de la noche y la brutalidad del despertar, las horas de la madrugada desgranan el tiempo contado de los insomnes.

5 – Salas oscuras

Se estarán preguntando qué hago aquí. Pues lo mismo que ustedes. Espero. A que pase algo. ¿El qué? Yo qué sé. Si lo supiera... Espero a que las cosas mejoren. Podría levantarme y dar un paseo mientras tanto, me dirán. Ustedes también, por cierto... Pero no. No creo que sea muy prudente. A ver si va a suceder algo interesante en nuestra ausencia... De acuerdo, por ahora no pasa nada. Pero podría ponerse en marcha otra vez cuando menos lo esperemos. De repente. Es como cuando estamos en el cine y la película se detiene de golpe porque el celuloide se ha fundido con el calor del proyector. Se encienden las luces y nos quedamos allí como idiotas, deslumbrados, como si nos hubieran arrancado bruscamente de un sueño. Poco a poco volvemos en nosotros y nos ponemos a esperar. A desear que la película continúe cuanto antes. Que vuelvan a sumergirnos en nuestro coma artificial haciendo girar de nuevo la bobina. Y de pronto nos damos cuenta de que no tenemos ni idea de cuánto va a durar la avería. Tal vez sea algo más grave y se cancele la sesión. Ni siquiera sabemos si hay alguien en la cabina de proyección para arreglar el estropicio. ¿Y si el proyeccionista se hubiera marchado justo después de poner la película? Al cabo de un rato, el espectador más valiente se levanta para ver qué ocurre. Bajo la mirada admirada de todos los demás, que se quedan cobardemente sentados esperando a que alguien haga algo. Pero nuestro héroe no sabe adónde dirigirse para salvar del naufragio a sus compañeros de infortunio. Una cabina de proyección es algo misterioso. No tiene ventanas. Solo una pequeña tronera por la que sale la luz del proyector. Ni siquiera sabemos dónde está la puerta secreta de aquella fortaleza prohibida. Así que el tipo sale de la sala, vuelve a la entrada del cine y le pregunta qué sucede a la empleada de la taquilla, que, naturalmente, no sabe nada. Tampoco sabe dónde está el proyeccionista. Por lo visto, nadie lo ha visto nunca. Pero promete informarse. El tipo vuelve a la sala después de ese acto de valentía, preparado para rendir cuentas y esperando que lo aplaudan por su audaz iniciativa, aunque el resultado sea más que incierto. Pero, al abrir la puerta, descubre que la sala está otra vez a oscuras. ¡La película ya ha empezado de nuevo! ¡Sin él! Se ha quedado con un palmo de narices. Piensa que habría hecho mejor quedándose quietecito con los demás, esperando a que todo se solucionara solo. Y encima se ha perdido un trozo de la película. Unos segundos, nada más. Pero tal vez fuese una escena fundamental. Imagínense que en *Ciudadano Kane* se perdiesen la escena inicial del trineo... Sin contar los fotogramas que seguramente ha sacrificado el proyeccionista al empalmar deprisa los dos extremos de la película fundida. Ahora sí que me he perdido para siempre, piensa el espectador que ha regresado y cuyos ojos todavía no se han acostumbrado a la oscuridad. Vuelve a tientas a su asiento y le pide en un susurro a la vecina que le resuma lo ocurrido durante su ausencia. La chica está a punto de contestarle, a regañadientes, temiendo perderse alguna frase esencial mientras lo pone al día, cuando una voz irritada grita detrás de ellos: «¡Chssss!». La chica, aliviada, dirige una mirada de disculpa al inoportuno y vuelve a clavar sus hermosos ojos fascinados en la pantalla, mientras mete de nuevo la mano en el paquete de palomitas con auténtico placer. ¡El espectáculo debe continuar! Pero el pobre zombi ya no entiende nada de la película... Así que yo prefiero esperar. ¿Saben cuánto interés da una cuenta de ahorro, actualmente? Pongamos un tres por ciento anual. Uno ingresa su sueldo en el banco, se deja congelar quinientos años y después

lo descongelan en un microondas: ¡ya es multimillonario! Eso sí que merece la pena esperar, ¿no?

6 – Ricofobia

Perdonen, pero antes de empezar me gustaría hacerles una preguntita. No se preocupen, no es una encuesta. Porque conozco a actores como yo que se aprovechan del sistema. Ya conocen el truco: anuncian un monólogo, convencen a sus amigos para que compren una entrada y, en realidad, trabajan para una empresa de sondeos que aprovecha la ocasión para someter al público a un cuestionario interminable. También hay que reconocer que el propio sistema fomenta la confusión: hoy se contrata como artistas a personas que hacen toda clase de trabajos ocasionales. Por lo visto, a la empresa le sale más barato. Supongo que eso es lo que llaman la sociedad del espectáculo. En fin, les aseguro que mi pregunta es gratuita y completamente desinteresada. Ahí va: ¿hay alguien rico en la sala? ¿Nadie? No se preocupen, tampoco me paga Hacienda para denunciar a quienes se han olvidado de declarar su fortuna. ¿De verdad? ¿Ni un rico? Estupendo. Entonces podré exponerles mi pequeño problema sin ofender a nadie.

Verán, a veces me pregunto si soy del todo normal. Se supone que todo el mundo envidia a los ricos, ¿no? Ustedes también, imagino. Pues a mí, no sé por qué, la riqueza me parece una enfermedad vergonzosa. Una enfermedad de transmisión social, si lo prefieren. Una porquería que se contrae al mantener relaciones sin protección con pobres desgraciados que ya están contagiados. No sé, la riqueza me produce cierto asco. Sí. Los ricos me inspiran una especie de desprecio compasivo. Creo que a eso se le llama condescendencia. Exacto. Miro a los ricos por encima del hombro. Ya sé que es completamente improcedente. Tendrían que ser ellos quienes me mirasen así, puesto que yo no he conseguido llegar a ser como ellos. Todo el mundo quiere hacerse rico, ¿verdad? Salvo los que ya lo son. Y ni siquiera. Seguro que esos quieren ser todavía más ricos. El dinero crea adicción, ¿saben? Y siempre se es pobre en comparación con alguien. Fíjense en los políticos. Pueden pasarse años defendiendo la igualdad y luego ajustar las normas fiscales para que sus propios patrimonios queden, por pura casualidad, fuera de la definición de riqueza. Una prueba de que ser rico tampoco es tan honorable.

Pero volvamos a los ricos de verdad. No a quienes apenas han superado el umbral de la riqueza, del mismo modo que otros caen por debajo del umbral de la pobreza. No, hablo de los que son ricos sin discusión posible. Los millonarios, como se decía antes. Claro que hubo un tiempo en que un millón parecía una fortuna descomunal. Después llegaron la inflación, los cambios de moneda, la burbuja inmobiliaria... Y ahora basta con tener una buhardilla diminuta en una gran capital para ser millonario, al menos si contamos con el dinero de antes. ¿No es maravilloso? Puede que no hayamos acabado con el paro, pero una antigua empleada doméstica, propietaria de un cuartucho abuhardillado en un séptimo piso sin ascensor, es virtualmente millonaria. Eso sí: siempre que venda la habitación a otro millonario y vaya a ocupar su sitio debajo de un puente. Por eso ser millonario ya no es suficiente. Hoy hay que ser multimillonario. O milmillonario, como mínimo. Depende de la moneda. La inflación, ya saben. La burbuja inmobiliaria. Aunque las burbujas, en general, siempre benefician a los mismos. Mientras los pobres se conforman con una aspirina efervescente para quitarse la resaca, los ricos se toman botellas enormes de champán para digerir el caviar.

La burbuja inmobiliaria es, en el fondo, el regreso de la esclavitud. En tiempos de *Lo que el viento se llevó*, al menos los esclavos tenían un empleo fijo. Trabajaban gratis para mantener grandes propiedades. Los esclavos de hoy trabajan sin descanso para pagar la hipoteca de un piso minúsculo. Y para aspirar a su libertad, tienen que

entregar al banco dos salarios mínimos al mes durante toda su vida... aunque solo cobren uno. Bueno, ¿adónde quería llegar con todo esto? ¡Ah, sí! Los ricos. Díganme una cosa, sinceramente: ¿de verdad envidian a esos pobres desgraciados? Imagínense que acaban de comer en un restaurante de lujo y tienen que volver a casa en un Ferrari, por unas calles donde resulta casi imposible circular incluso en bicicleta. No, gracias.

Y hay otro gran inconveniente en ser rico: solo puedes relacionarte con gente rica. Está claro. Cuando eres multimillonario, no puedes irte de vacaciones con un amigo que cobra el salario mínimo. La relación se desequilibra. De acuerdo, a los pobres les pasa algo parecido: también están condenados a quedarse entre los suyos. Pero yo sostengo que los pobres son mucho más divertidos. Algunos incluso son muy simpáticos. Conozco a unos cuantos. Nada pretenciosos. Vale, no todos los ricos son iguales. Algunos son peores que otros. Sobre todo los nuevos ricos, que todavía no dominan las reglas. La riqueza es una forma de vida. Hay que aprenderla. El nuevo rico no sabe comportarse. Mete la pata continuamente, y los ricos de toda la vida se encargan de hacérselo notar.

¿Se imaginan cenando en uno de esos restaurantes de auténtico lujo? Llegan en su Ferrari, un aparcacoches les tiende la mano para coger las llaves y guardarles el coche mientras ustedes se dan un homenaje con una modelo. Ahora imaginen que le entregan a un desconocido las llaves de su utilitario destartalado antes de entrar en el bar de la esquina para comerse unas salchichas fiadas. ¡Les daría pánico que no volviera jamás con ese coche ruinoso del que todavía están pagando los plazos! Pues imagínense con un Ferrari. No, la riqueza no se improvisa. Exige un aprendizaje. La pobreza, en cambio, sale de forma natural. Nadie ha reprochado jamás a un nuevo pobre que no sepa utilizar los cubiertos en su primera visita a un comedor social. Solo hay una cuchara, para la sopa y para el postre.

Además, los nuevos pobres casi no existen. Cuando uno nace pobre, suele seguir siéndolo toda la vida. Y con los ricos pasa lo mismo. Algunos se arruinan, sí. Pero un millonario arruinado suele tener bastante más dinero que ustedes. Lo que me lleva a una segunda pregunta... ¿Hay algún pobre en la sala? Ya sé que, si han venido, habrán podido pagar la entrada del teatro sin tocar su presupuesto para pasta. Aunque también puede haber algunos invitados. Lo digo porque, entre nosotros, también hay pobres idiotas. ¿Por qué creen que no dejamos de llamar «pobre idiota» a los demás?

Los peores, para mí, son los pobres militantes. El proletario con carné, orgulloso de ser pobre y que pretende que todos los demás también lo sean, por solidaridad. No hay ningún motivo para avergonzarse de ser pobre, de acuerdo, pero tampoco es para presumir. No podemos reprocharles a los pobres que lo sean: la mayoría no ha hecho nada para merecerlo. Seamos justos, entonces. Tampoco podemos reprocharles a los ricos que sean ricos. La mayoría tampoco ha hecho nada para merecérselo. Lo ideal, naturalmente, sería que no hubiera ni ricos ni pobres. Solo gente como nosotros. Con una vida desahogada, pero sin excesos. Justo por debajo del umbral del impuesto sobre el patrimonio. Pero eso no va a ocurrir, ¿verdad? Ya se ha intentado. En Rusia, en China... Suele acabar con millones de muertos, y al final los pobres son aún más pobres y los ricos aún más ricos.

Y, además, no sería justo. Los pobres no necesitan a los ricos para saber que son pobres. Eso es un hecho. Pero los ricos sí necesitan saber que existen pobres para disfrutar plenamente de su riqueza. No, tienen razón. Debería ser más tolerante con los ricos. Y nunca se sabe. Un xenófobo puede estar bastante seguro de que mañana no se despertará siendo extranjero, siempre que no se aleje demasiado de su casa. Pero un ricófobo... Vayan ustedes a saber. Nadie está completamente a salvo de hacerse rico. Ni siquiera los actores. Ni siquiera los que trabajan a la gorra. *(Tiende una gorra.)* Bueno, ¿qué? ¿Van a enseñarme de qué color es su dinero?

7 – Érase una última vez

En la vida hay que esperarse cualquier cosa. Estar preparado. Por la mañana, uno se levanta. Como todos los días. Nunca se sabe si no será la última mañana del último día de su vida. Bueno, a veces se puede intuir un poco, ¿verdad...? Cuando ni siquiera puedes levantarte, por ejemplo. Cuando padeces una enfermedad larga, una de esas que están ya en su fase terminal, ya ves, y el capellán del hospital se pasa a preguntarte si de verdad necesitas algo. Ahí es cuando piensas que si no es para hoy, al menos no tardará mucho. Cuando te preparas para saltar de un avión en pleno vuelo, mirando al cielo para no ver abajo, e imaginas lo que pasaría si el paracaídas no se abriera. Entonces compruebas una última vez que la anilla no está atascada. Que la tela no está rota. Que por accidente no vas a saltar al vacío con el saco de dormir en lugar del paracaídas. Incluso si no se es creyente, se hace la señal de la cruz por si acaso. No cuesta nada. Y luego, sin ningún remordimiento, siempre se puede decidir no saltar. Permanecer en el avión, llamar a un auxiliar de vuelo y pedir un whisky. Esperar a que el avión aterrice suavemente. O que se estrelle. Pero todos juntos. Cuando se es un matador y se está a punto de matar a seis toros seguidos, de cinco a siete. ¿Y si uno de ellos no está de acuerdo? Podría rebelarse. ¿Cuánto tiempo más sobreviviremos a esta carnicería al aire libre? Desde la noche de los tiempos, matar para vivir es un trabajo peligroso. En el corredor de la muerte, cuando se escuchan pasos detrás de la puerta en las primeras horas y el servicio de habitaciones te trae un desayuno continental en una bandeja de fina porcelana en lugar del café aguado de siempre en un vaso de hojalata. Entonces sabes que debes liberar la habitación antes del mediodía, que la factura no tardará en llegar y que no te librarás de ella. Cuando haces puenting y sabes que la cuerda puede romperse. Cuando pierdes los nervios y saltas sin cuerda. Cuando te lanzas a la aventura con preservativo y se rompe. Cuando pierdes la cabeza y te lanzas sin preservativo, porque el papa ha dicho que no. Que quien esté libre de pecado le tire el primer preservativo usado. Cuando te levantas por la mañana y ya no sabes por qué. Cuando piensas que sobrevivir no sería vivir. Cuando prefieres morir por algo en lugar de vivir por nada. Cuando mueres de hambre, cuando ya no pesas casi nada y no puedes hacer nada más. Cuando te han dicho demasiadas veces que te vayas a ahorcar a otra parte. Sí. Hay momentos en los que se puede intuir que no habrá una próxima vez. Y luego están los momentos en los que no se ve venir. Los momentos en los que uno se va como llegó. Por accidente. Cuando uno muere como vivió. Tontamente. Los momentos en los que uno fallece por casualidad. Sin previo aviso. Cuando uno muere por error. Sin esquela. Un día uno se levanta por la mañana, sin saber que no habrá otro amanecer.

8 – Definición del amor (por descarte)

¿Cuánto tiempo llevamos conociéndonos? Al menos veinte años, ¿verdad? ¿Por qué nunca nos hemos acostado juntos, por cierto? Porque nos llevamos de maravilla... ¡Incluso podríamos habernos casado! Es curioso, te veo un poco como una ex. A pesar de que nunca hemos salido juntos... Casi lo hicimos una vez, ¿recuerdas? Me hiciste beber. A menos que fuera al revés. Terminamos en tu casa, completamente borrachos. Nos reímos como locos durante toda la noche, pero olvidamos acostarnos juntos. Quizás sea porque nos llevamos demasiado bien, precisamente. Quizá no habría suficiente chispa. Nos aburriríamos a la larga. Es cierto, nos reímos mucho los dos, pero... No me imagino haciendo el amor con una chica que se está riendo. Bueno, hay risa y risa. Puedo hacer reír a una chica para acostarme con ella. Pero acostarme con una chica que me hace reír... No, si me acostara contigo, tendría la sensación de estar acostándome con un amigo. Con una amiga, si lo prefieres. Y además, no me gustan las rubias. Lo sé, tú no eres rubia. Pero lo eras cuando te conocí... ¡Yo no sabía que no era tu color natural! ¿Cómo iba a saberlo? No es que no me gusten las rubias, pero... Depende. Debe de ser el color. Eras un poco demasiado rubia para mí. Las chicas demasiado rubias, no sé, me dan un poco de asco. Físicamente. No sé por qué... Debe de ser una cuestión de piel. Ahora es demasiado tarde. Siempre te imaginaré como una rubia que se ha teñido de morena. Y además, tú no eres realmente morena... Tampoco es exactamente castaño. No sé cómo llamarlo... No es que no me gustes, ¿eh? Además, gustas a todos los chicos. Por lo general, eso me estimularía... Pero contigo, no. No, no puedo definir exactamente por qué nunca he tenido ganas de acostarme contigo... Debe de ser eso, el amor... Quiero decir, ese «no sé qué» que hace que dos personas deseen acostarse juntas. O algo más, si hay química. Mira, ya hemos conseguido definir el amor. Por descarte... Ahora, ¿por qué me casé con mi mujer en lugar de contigo o con otra, eso sí que no lo sé? Bueno, en primer lugar, a ella le gustaba yo. Fue menos complicado. Si no se hubiera fijado en mí, ¿habría insistido? Y, si hubiera insistido, ¿le habría gustado...? Nunca lo sabremos. El amor correspondido es más sencillo, pero menos... ¿Cómo decirlo...? Sin riesgo no hay gloria. Por cierto, me pregunto qué es lo que pudo haber visto en mí... ¿Tienes alguna idea...? Podría preguntárselo, me dirás, pero... Si me devuelve la pregunta... A veces, hay temas que es mejor no abordar. Un poco de misterio en la pareja no puede hacer daño. Aunque tampoco hay que exagerar. Una vez salí con una chica. Al cabo de un año, me dejó. Le pregunté por qué. Me respondió que se aburría en la cama conmigo. ¡Un año! Hay límites para la discreción... Así que ahora, ¿por qué salió conmigo durante un año? Ni siquiera se me ocurrió preguntarle... Seguro que había una razón. O tal vez me mintió. Sobre mi rendimiento sexual, quiero decir... Para vengarse... No lo digo porque me hiriera el orgullo masculino, ¿eh? Me sorprendió un poco, eso es todo. Es cierto, tengo la reputación de ser bueno en la cama. ¿Y tú? No, quiero decir, ¿de verdad no quieres decirme por qué nunca te has sentido atraída por mí? No hace falta que contestes, ¿eh?

9 – El placer de aburrirse

Me aburro. ¿Y ustedes? No, pero no me aburro especialmente con ustedes. Me aburro en general. Con ustedes o sin ustedes. En realidad, siempre me he aburrido bastante. Desde que era muy pequeño. No sé por qué... Al principio, me molestaba un poco. Y luego me acostumbré. Mi esposa, en cambio, nunca se aburre. Tiene suerte. Dice que siempre tiene algo que hacer. Y cuando realmente no tiene nada que hacer, duerme. Yo, en cambio, duermo muy mal. Me despierto a las tres de la mañana y ya no consigo volver a dormirme. Así que me aburro. Incluso por la noche. Mientras mi esposa duerme profundamente. Bueno, durante el día podría trabajar, me dirán. Eso quizás me ayudaría a dormir mejor por la noche. Pero si creen que trabajar es mucho más divertido que aburrirse... El trabajo solo sirve para mantenerse ocupado durante el día. Es como ver la televisión por la noche, hacer crucigramas los domingos o jugar a las cartas durante las vacaciones. Solo sirve para olvidar temporalmente que no sabes qué hacer contigo mismo. No, yo me aburro a tiempo completo... y lo peor es que me pregunto si no saco cierta satisfacción de ello. Porque hay un placer en aburrirse, ¿verdad? Como hay un placer en estar triste. Incluso una especie de nobleza. Para aburrirse, primero debes tener tiempo libre. Y poder permitírtelo. Es un lujo que no todos pueden darse. El aburrimiento es una libertad fundamental que ningún pasatiempo debería coartar. Además, me pregunto si no prefiero aburrirme que divertirme, después de todo. Es cierto, divertirse es aburrido a la larga. Siempre terminas haciendo las mismas cosas. Volviendo a ver a las mismas personas. Haciendo las mismas cosas con las mismas personas. Mientras que... hay mil formas de aburrirse... Además, divertirse, entre nosotros, resulta un poco vulgar, ¿no? Es más ruidoso, para empezar. ¿Alguna vez has oído a personas divirtiéndose? Las risas, los gritos... Es como las explosiones de artillería. Personalmente, me taladra los oídos. Las fiestas, la música, los conciertos al aire libre... ¿De verdad hace falta obligar a todo el vecindario a disfrutarlos? ¿Y los que no tenemos ganas de fiesta? ¿Los que tampoco soportamos los fuegos artificiales? Las personas que se aburren, al menos, no molestan a nadie. Bueno, quiero decir, las personas que son capaces de aburrirse solas en su rincón y tienen la decencia de hacerlo en silencio. No como quienes repiten cada cinco minutos que no saben qué hacer. Como algunos niños. Los míos, por ejemplo... Es cierto, ¿verdad? Tener hijos no nos convierte automáticamente en monitores de tiempo libre. O deberíamos hacer que todos los que se casan y piensan en procrear obtengan un título de animador de tiempo libre... No, la ventaja de disfrutar del aburrimiento es que uno puede aburrirse en cualquier lugar. Y no necesita a nadie. Yo puedo aburrirme en cualquier lugar. Incluso en el teatro. Y con cualquiera. Incluso con mi esposa. Sobre todo con mi esposa. Para decirlo todo, prefiero aburrirme en su compañía. Porque no hay que creer que uno puede aburrirse bien con todo el mundo. Aun así, hay que encontrar a alguien lo suficientemente discreto... Y lo mejor de todo es que mi esposa se divierte cuando le digo eso. Yo me aburro y ella se divierte... Bueno, no es que no me aburra con ustedes, pero tendrán que disculparme. Tengo algo que hacer ahora. Algo muy aburrido, de hecho. En fin, que se aburran ustedes a gusto...

10 – En la cuerda floja

Se van a reír, no tengo ni idea de lo que estoy haciendo aquí... ¿Y ustedes? Es decir, ¿saben qué se supone que tengo que hacer? ¿Lo que se supone que debo decir? Si lo saben, no duden en decírmelo, ¿eh? Yo no tengo la menor idea. Estoy aquí plantado como un ordenador al que han desconectado sin previo aviso para enchufar la aspiradora en su lugar. O puede que haya habido un apagón. Debería haber hecho una copia de seguridad. Pero, ¿cómo podía adivinar que me iban a cortar la electricidad? Tal vez me olvidé de pagar la factura... No estoy hablando de una simple pérdida de memoria, ¿eh? En ese caso, improvisaría. Hasta que me volviera la memoria. Hasta recuperar el hilo. O le preguntaría al apuntador, vaya. Ah, es cierto, ya no hay apuntador... Ya ni siquiera hay texto ni autor. Reducción de personal. Verán que pronto también eliminarán las redes para los funambulistas y las palabras para expresarse. Cuando supriman las redes para los pescadores y las telarañas para las arañas, entonces habrá que preocuparse de verdad... Recen por nosotros, pobres pescadores. Nos llevan de aquí para allá y aun así tenemos que pagar el combustible. Funambulistas con pájaros en la cabeza... Un poco como nosotros todos, ¿no? Mientras mantengamos el equilibrio y caminemos recto sobre la cuerda floja, todo irá bien. Pero cuando perdemos el hilo... Cuando ya no sabemos qué decir, podemos empezar a decir cualquier tontería. Podemos decir lo que no debíamos. Y después... solo podremos decir: perdón, se me escapó. No era en absoluto lo que quería decir. De hecho, es exactamente lo que quería callar. Se me ocurrió y las palabras salieron de mi boca a pesar de mí. Porque al mismo tiempo, ¿qué se supone que debemos decir, eh? Tenemos que decir algo, ¿verdad? Tenemos que llenar el espacio. El silencio es peor que todo, ya saben. Es completamente intolerable. Especialmente cuando la gente ha venido a escuchar lo que tienes que decir y han pagado sus entradas. Cuando hablo de silencio, no hablo solo de no hablar, ¿vale? Nada es más parlante que un mimo. Y no sé si alguna vez han tomado el autobús con un grupo de sordomudos, pero tienen que ver el follón. No, estar aquí sin hablar es mucho más difícil que hablar por hablar, créanme. Hablar por hablar, eso sí que dice mucho. Un lapsus de memoria es como un tobogán. Como un agujero negro. Sabemos que terminaremos sorprendidos al llegar, pero no sabemos dónde vamos a terminar. Lo único que sabemos es que una vez que comenzamos, no podemos detenernos. Así que es normal que antes de dejarnos deslizar, tengamos un poco de aprehensión, ¿no? ¿Por qué les estoy contando todo esto? ¿A dónde quiero llegar? No dicen nada, ¿verdad? No están ayudando mucho... Aunque, pensándolo bien, estoy acostumbrado. Acabo de salir de la consulta de mi psicoanalista. Él tampoco dice nunca nada. Dirán que eso le evita decir tonterías. Curiosamente, todos los psicólogos a los que he oído hablar me parecieron más trastornados que yo. En serio. En diez años nunca lo he oído decir una palabra. Así que acabo de decirle que sería mejor dejarlo así, precisamente. No, realmente me costaba demasiado intentar encontrar algo que decirle todas las semanas. Así que cuando pasó a dos veces por semana... Ni les cuento. Y ya no necesito acostarme, ahora que estoy aquí, ¿verdad? Aquí, estoy un poco como en el diván. Con varias filas de psicólogos escuchándome en silencio. Y al menos, ustedes son los que ponen los billetes en cada sesión...

11 – La limpieza

No es que disfrute especialmente haciendo la limpieza. No se equivoquen, no soy uno de esos solterones maniáticos, enamorados de la cera para muebles, que se entregan en la intimidad de su hogar a los placeres del pulimento sobre el parqué. Sin embargo, me parece que hay una grandeza discreta en barrer delante de la propia puerta. Sosteniendo firmemente el mango de la escoba, te mantienes firmemente anclado en la realidad. Polvo somos y en polvo nos convertiremos. Fregar uno mismo el inodoro te obliga a tener cierta humildad. Una cierta modestia. Me atrevería a decir que hacer uno mismo la limpieza es incluso una muestra de una buena higiene mental y nos libra de más de una locura. No hablo de pequeñas manías individuales. No, hablo de la defensa de la democracia. La fregona es la última barrera contra la tiranía. ¿Habría invadido Hitler Polonia si antes hubiera tenido que pasar la aspiradora? ¿Habría exterminado Pol Pot a su propio pueblo con tanto entusiasmo si pudiera ocuparse de sacar las telarañas del techo en su casa? No, nunca hemos visto a un dictador hacer la limpieza él mismo. Contratar a una empleada del hogar es soñar con ser un tirano doméstico. Es el primer paso hacia la megalomanía. ¡Es la anexión simbólica de Polonia! El genio, por otro lado, no es enemigo de las labores domésticas. Nos podemos imaginar a Arquímedes teniendo la idea de su teorema de pie frente a su fregadero con sus guantes de goma: cualquier mano sumergida en agua sufre una fuerza vertical de abajo hacia arriba igual al peso del agua de lavar los platos desplazada. Y si hay tantos bodegones con fruteros, cáscaras de verduras y filetes crudos en los museos, es porque los grandes maestros de la pintura pasaban mucho tiempo en su cocina. Contratar a una empleada del hogar, créanme, es una pereza intelectual. ¿Qué digo? ¡Es el pecado original! La primera renuncia a las propias responsabilidades que abre la puerta a todas las futuras dimisiones. El pequeño apaño con la propia conciencia que abre la puerta a todas las complicidades futuras. ¡Es el origen del capitalismo! El comienzo de la explotación del hombre por el hombre. O más bien de la empleada del hogar por el hombre. O por una alta ejecutiva, que, estarán de acuerdo conmigo, ya es otra cosa. Porque hay que tener al menos la honestidad de afrontar la verdad: la gran limpieza que rechazas hacer en tu casa por miedo a ensuciarte las manos, alguien tendrá que hacerla por nosotros. Otro al que despreciarás por su servilismo, o al menos al que mirarás con condescendencia para hacerle pagar tu propia cobardía. ¿Por qué creen que a menudo pagamos a nuestra empleada del hogar en negro? Y sin ningún escrúpulo, por si fuera poco. Porque no podemos considerar seriamente que hacer la limpieza en casa de los demás sea un verdadero oficio. Menos aún un trabajo que merezca salario y derechos sociales. Así que buscamos una excusa. Decimos que si no tuviéramos nada mejor que hacer, seguro que nos pondríamos manos a la obra, limpiaríamos las ventanas del comedor y limpiaríamos la tapa del inodoro. Que si preferimos dejarle eso a otra persona, no es por pereza, al contrario. ¡Es por devoción! ¡Casi por abnegación! Para no perjudicar al resto de la humanidad con los numerosos beneficios que no podríamos aportar si tuviéramos que hacer la limpieza en su lugar. Ya ven adónde quería llegar cuando hablaba de humildad... De acuerdo, tampoco podemos ir en contra de la naturaleza. Es evidente que un hombre, con una constitución normal, no está genéticamente equipado para manejar una plancha de vapor. Pero bueno... Por eso la sociedad inventó el matrimonio. Compartir las tareas domésticas, sí. Pero cada uno mantiene su dignidad. Entonces, en esta noble servidumbre doméstica compartida, la pareja podrá volver a ser lo que nunca debió dejar de ser: un hogar. ¿No dijo Voltaire que había que cultivar nuestro jardín? No consideró necesario

añadir que también había que pelar las verduras, servirse la sopa y lavar los cuencos después, pero estaba implícito. En verdad les digo: la empleada del hogar no es en absoluto el futuro del hombre. Y cuando los grandes del mundo se vean obligados por la constitución a hacer ellos mismos sus pequeñas coladas, la humanidad entera olerá a lavanda.

12 – Como antes

¿Recuerdan? Eran buenos tiempos... O eso dicen. Eso creemos. ¿De verdad se vivía tan bien antes? En cualquier caso, fue el comienzo. El principio de todo. Las primeras veces. La religión es la ritualización de una memoria imaginaria. Empezamos soñando frente a los escaparates de los grandes restaurantes, las salas prohibidas para menores de dieciocho años, y cuando finalmente tenemos derecho a entrar, es aquella hambre inicial lo que echamos de menos. Los buenos tiempos cuando todavía teníamos apetito. Cuando la curiosidad todavía no era un vicio. La ataraxia no es una enfermedad infantil; es la coartada que permite a los viejos resignarse. Para escapar de esta fatalidad, tendríamos que poder invertir el orden de los platos que la historia nos sirve. Sentarnos a la mesa con el estómago vacío. Que el apetito venga comiendo. Y quedarnos con hambre. Por desgracia, en todas partes son los pequeños arroyos los que forman los grandes ríos. Los pequeños vasos sanguíneos, las grandes arterias. Esperamos toda nuestra vida el accidente feliz que cambiará el curso de las cosas. Y cuando por fin llega, ya no nos queda corazón para disfrutarlo. A menos que sea un ataque al corazón... La vejez es un naufragio que no siempre acaba bien. Salvad nuestras almas. O encontrar una isla desierta donde encallar. Y comenzar todo de nuevo desde el principio. ¿En qué momento demonios metimos la pata? Incluso hoy, me hago esta pregunta: ¿es este inmenso desastre el resultado de un malentendido lejano que una explicación franca, incluso tardía, podría haber disipado, o es finalmente solo la consecuencia lógica de un diálogo interminable de sordos? Vamos, si lo pensamos bien, si somos un poco astutos, tal vez podamos recordar haber sido un mono. O incluso una liana. A veces, en esta jungla, recuerdo el tiempo en que yo era tan flexible como una liana. Cuando esa única exaltación era suficiente para convertir mi deseo en una realización.

13 – El sustituto

¡Hola! Soy el sustituto. Así que permítanme presentarme, porque no estoy seguro de que todos me conozcan. Soy Dios. No, no se levanten, por favor. No se preocupen. Lo sé, al principio es un poco impresionante, pero verán que pronto uno se acostumbra a mi presencia. Pronto ni siquiera me verán y actuarán como si no existiera. Como con mi predecesor. Claro que se preguntarán cómo se llega a ser Dios. Es normal. Pensarán: «Este se ha escapado del manicomio con su amigo, el que se cree Napoleón». No, pero yo no me hago pasar por Jesucristo, ¿de acuerdo? Todos saben que Jesucristo murió hace 2000 años. Y además, Jesús, yo no tenía el aspecto adecuado. No habría sido creíble. Y, sobre todo, no habría dado el pego. Pero Dios... No se parece a nada. Está en todas partes, pero no se ve en ninguna parte. Cuando le hablas, no responde. Y entre nosotros, hace mucho tiempo que no hace nada muy significativo, ¿verdad? Basta con ver lo que le cuesta a la Iglesia certificar un par de milagros a título póstumo... Y aun así, nada realmente extraordinario. Algo así como: perdí las llaves de mi 4x4, y después de ver al Papa en la televisión, milagrosamente volvieron a aparecer en el forro de mi chaqueta... O bien: tenía cáncer de colon, y después de 23 quimioterapias, una extirpación total del intestino y un viaje a Lourdes, milagrosamente sobreviví con una sonda en el estómago y un ano artificial. Estamos lejos de que el Mar Rojo se abra en dos o de esquiar en el Mar de Galilea, descalzo y sin lancha motora. Eso, entre nosotros, realmente tenía estilo. Se entiende que en ese momento, eso pudiera inspirar vocaciones. Vale, Dios creó el mundo. El Big Bang, Adán y Eva, los dinosaurios, todo eso en una semana. Es cierto que al principio, hizo un buen trabajo. ¿Pero desde entonces...? Ahora, Dios es más bien un título honorífico. Todopoderoso, ¡vamos! Tiene aproximadamente el mismo poder que un monarca constitucional, sí. Así que me dije: «Bernardo, aquí tienes tu oportunidad». Sí, no debería decírtelo, pero antes de ser Dios, me llamaba Bernardo... Vale, es un trabajo voluntario, pero bueno... El Papa tampoco lo hace por dinero. No, pero para ser Papa, aún tienes que estudiar. Tienes que presentarte como candidato, hay elecciones... Para ser Dios, te ahorras todos esos trámites... Bueno, empezar a ser Dios es como dejar de fumar. Al principio no es fácil... Después, basta con perseverar, eso es todo... Es una cuestión de voluntad, ¿saben? Solo tienes que creer en ti mismo. Si no crees en ti mismo... Entonces, sé muy bien por qué han venido, ¿eh? No por la pequeña colecta al final. Lo que esperan de mí cuando me buscan es que les traiga la buena nueva. Por ejemplo, que les susurre la combinación ganadora del próximo sorteo deportivo, si es posible con el número complementario. No, pero no funciona así. Si solo fuera cuestión de pedir, se sabría. No, no haré más que mi predecesor, pero prometo poner de mi parte. Tampoco me verán, pero siempre estaré a su lado, como él. Así que avísenme con algo de antelación. Un niño enfermo, un plan de reducción de plantilla en perspectiva, una muerte en la familia... Llámenme y acudiré. De día y de noche. En cualquier clima. Les dejaré mi número de móvil en la recepción. Hay que pagar la llamada, pero bueno... Si no contesto, dejen un mensaje en mi buzón de voz... (Mira el reloj) Oh, bueno... No es que me esté aburriendo, pero me esperan en otro lugar. Puedo estar en todas partes, de acuerdo, pero no al mismo tiempo, de todos modos. Vamos, se los aseguro: después de una semana o dos, no verán ninguna diferencia con el anterior.

14 – Hablar del tiempo

Qué tiempo más raro, ¿verdad? No sabemos cómo vestirnos. ¿Iremos a mejor o lo peor ya es inevitable? ¿Incluso vale la pena vestirse? Tiempo de temporada, como dicen. ¿Vale la pena hablar de ello? Pero debemos salir, ¿verdad? Debemos hablar. En cualquier clima. Al menos para sacar la basura y llenar la nevera. Si nos escucháramos de vez en cuando, nos quedaríamos en casa. Nos quedaríamos en la cama. Hablando del tiempo, haga sol o llueva. Pero dicen que en la vida ya pasamos treinta años durmiendo. Así que imagínense. Si nos quedáramos en la cama. En cualquier caso, en la vida, pasamos bastantes años hablándonos a nosotros mismos. Y hablando solos. Cuando somos niños, hablamos con personas que deberían existir. Cuando somos viejos, hablamos con personas que ya no existen. Entre esos dos extremos, como adultos, preferiríamos escucharnos hablar. El otro está ahí solo para devolver el eco. Hablamos con paredes que no tienen oídos. Hablamos con perros que no hablan. Gritamos en la cara de los sordos y hablamos con los ciegos en lenguaje de signos. Todo el mundo habla al mismo tiempo. Y cuando ya no hay nada que decir, todos se escuchan al mismo tiempo. Hablamos solos porque le tenemos miedo a la oscuridad. También hablamos al vacío para tratar de llenarlo. Si tenemos la suerte de tener algo que decirnos, también podemos hablarnos a nosotros mismos. Prestarnos un oído atento. Escuchar lo que tenemos que decirnos es tan importante como escuchar lo que otros tienen que decirnos. Así que nos hablamos y nos escuchamos hablar. Pero no nos decimos todo, nos mentimos a nosotros mismos. Y cuando somos muy convincentes, incluso llegamos a creernos alguien... Treinta años durmiendo. La vida es un sueño, al menos la mitad. La otra mitad es una mentira. Con algunos momentos de verdad que no siempre es bueno decir. Parece que está aclarando, ¿verdad? Esta noche hará bueno. Miren, se ven las estrellas. Parece que nos hablan. Estoy seguro de que hay alguien allá arriba. Personas que hablan entre sí o que no se hablan. Personas que se hablan a sí mismas o que ya no se hablan. Personas que se cuentan historias y terminan creyéndolas. Personas que también hablan al vacío. Por la noche, a veces, presto atención a estos habitantes del cielo. ¿Creen que algún día podremos hablarles? ¿Hablarles del tiempo, haga sol o llueva?

15 – Padre nuestro que estás en nosotros

Si nos cruzáramos en la calle tal como seremos dentro de treinta años, ¿creen que nos reconoceríamos? No estoy seguro... Pero no estoy hablando de ustedes y yo. Apenas nos conocemos. Es poco probable que me acuerde de ustedes. Especialmente porque en treinta años habrán envejecido bastante. Serán irreconocibles. Si todavía están aquí... No, me refiero a mí mismo, si mañana me encontrara casualmente a mí mismo tal como seré con treinta años más... ¿Me resultaría familiar mi propia cara? Hace treinta años, tenía el pelo largo, iba en moto y leía revistas de rock. Si aquel joven se cruzara hoy conmigo en el metro, con la cabeza casi calva y leyendo una revista económica, ¿haría la conexión? ¿Al menos pensaría: «Qué curioso, la cara de ese viejo imbécil me resulta familiar. Se parece un poco a mi padre»? En ese caso, ya no tendría ninguna gana de hablarme a mí mismo... Cambiamos bastante en treinta años. Por lo general, para peor. ¿Seguimos siendo exactamente los mismos... o inevitablemente tendemos a convertirnos en nuestro propio padre? Todos tenemos miedo de morir algún día, pero estamos equivocados al preocuparnos por eso. No se muere en un día. O solo por accidente. Cuando mueres de vejez, mueres un poco todos los días. E incluso llegas a olvidarte de ti mismo. Todos estamos destinados a convertirnos en soldados desconocidos. Si tienes la suerte de vivir otros treinta años, no serás tú a quien entierren, será otra persona. Alguien a quien no conoces, a quien nunca has conocido y a quien nunca conocerás. Un extraño que quizás ni te caiga bien. Porque hay que mirar las cosas de frente: rara vez mejoramos a medida que envejecemos. Piensa que si ya no te gustas mucho hoy en día, dentro de treinta años probablemente odies a la persona en la que te has convertido. Incluso quizá desees su muerte. ¿Quién no desea más o menos la muerte de su padre? Le reprocharás que no te haya cuidado como a un hijo. Y él te culpará por no haber sabido cumplir sus sueños. Para entender a nuestro padre, habría que haberlo conocido cuando era niño. Y aun así... Por la mañana, me miro en el espejo, ya me cuesta reconocerme y no encuentro nada interesante que decirme. Así que si tuviera delante a un tipo como yo con treinta años más... Un tipo que quizás nunca llegue a existir, por cierto. Si supiéramos la fecha de nuestra muerte cuando nacemos, sabríamos cuándo hemos vivido la mitad de nuestra vida... No, la comunicación intergeneracional, incluso con uno mismo, no es fácil. Pero les doy un consejo: si mañana se cruzan consigo mismos tal como serán dentro de treinta, cuarenta o cincuenta años, recen esta oración: Nuestro padre que estás en nosotros, que nuestro nombre no se te vuelva extraño, que tu declive sea tranquilo, que tu falta de voluntad no condene nuestros sueños, danos cada día una razón para vivir hasta tu edad, perdona nuestras derrotas como nosotros también deberemos perdonar tu renuncia, permítenos caer en la tentación y líbranos de los remordimientos.

16 – Hacer nevar

¡Seguid sentados! Soy... vuestro nuevo profesor de filosofía. Lo sé, hasta ahora, me conocíais más como monitor de educación física... Pero la señora Chalada, quiero decir, la señora Salada, como sabéis, se suicidó anoche prendiéndose fuego en una bañera llena de gasolina sin plomo... ¿Ah, no lo sabíais? Mis disculpas. En fin, como el sistema educativo se ha quedado momentáneamente sin existencias en lo que respecta a profesores de filosofía... Quién sabe por qué, los profesores de filosofía son como los curas, hay una crisis vocacional... En fin, la directora me pidió que sustituyera a la señora Chalada. Salada. Ya sabéis, ahora hay que ser polivalentes en nuestro trabajo... Hay que saber adaptarse... También vosotros, cuando tengáis un trabajo, si conseguís encontrar uno, os pedirán que sepáis adaptaros. Lo llaman empleabilidad. En fin, eso es lo que me dijo la directora. Lo sé, tenéis los exámenes finales a la vuelta de la esquina, pero... Era yo o nada... Así que mejor aprender a adaptarse desde ya. Bien, si no tenéis preguntas, vamos a empezar. Bueno, al final, ¿qué es la filosofía? No es tan complicado, ¿no? Es plantearse las preguntas básicas. Quiero decir, las preguntas fundamentales. En fin, preguntas que no sirven para nada, ¿vale? Como... No sé... ¿Qué diablos es este lío que nos rodea? ¿Cómo pudo comenzar este desastre? ¿Terminará alguna vez este follón? Allí donde está ahora, la señora Chalada tal vez tenga finalmente las respuestas a todas esas preguntas... Lamentablemente, no puede volver para decirnos si hay una existencia después de la esencia. Está completamente carbonizada. Así que para los exámenes, tendréis que apañároslas como podáis, ¿vale? En fin, llevamos milenios en los que todos los filósofos se hacen este tipo de preguntas estúpidas, sin ser capaces de encontrar una explicación que tenga sentido. Bueno, puede que os sorprenda, dado que nunca he estudiado filosofía, pero yo creo que he encontrado la respuesta. Bueno... un comienzo de respuesta... Lo que hay que hacer es abordar el problema desde la base. Ya veréis, buscando bien, descubriréis que la respuesta está en vosotros. Y que no necesitáis tragaros todos esos libros con títulos incomprensibles que figuran en la bibliografía que la señora Salada os dio al principio del año. No sé si ella misma los había leído todos, pero ya veis dónde la llevó eso... No, creedme, lo mejor es que cada uno parta de su propia experiencia, recurriendo a sus propios recuerdos. Estoy seguro de que en algún momento de vuestra vida ya os habéis cruzado con la verdad sin daros cuenta. Personalmente, a mí me ocurrió... lo que podría llamarse una revelación, yendo de peregrinación al Mont-Saint-Michel. Al principio, además, no estaba muy entusiasmado. Quiero decir, para ir al Mont-Saint-Michel. Fue más bien cosa de mi mujer... Pero bueno, el Mont-Saint-Michel, es algo que al menos hay que ver una vez en la vida, ¿no? Y como el ayuntamiento pagaba el viaje en autobús... En fin, llegamos allí al aparcamiento con mi mujer alrededor del mediodía, después de tres horas de viaje en medio de la niebla sin siquiera poder parar en una gasolinera para mear. No había tiempo que perder, porque teníamos que volver esa misma noche a París, así que era más bien una situación de comando, ¿veis? Así que todo el mundo bajó del autobús rápido y empezó a dirigirse hacia la basílica a paso ligero. Aunque no creamos demasiado en Dios, es cierto que allí hay un ambiente que invita al recogimiento... En fin, estábamos más o menos a medio camino cuando mi mujer me dijo: "¿Te das cuenta? El Mont-Saint-Michel está inscrito en el patrimonio de la humanidad, y si no hacemos nada, dentro de unos años, ni siquiera será una isla". En ese momento, debo admitir que no entendí muy bien a qué venía todo eso. La marea

estaba baja, así que el Mont-Saint-Michel, con la niebla, parecía más bien una gran mierda posada allí en medio de la playa. Pero es cierto que me hizo reflexionar. Y así, empecé a hacerme preguntas. ¿Por qué el Mont-Saint-Michel en lugar de nada? ¿Por qué mi mujer en lugar de otra? ¿Por qué la posibilidad de una isla con la marea alta, y no con la marea baja? Mientras tanto, estábamos casi llegando a la basílica. ¡Hacía mucho frío! Era diciembre, unos días antes de Navidad. Puede que también tenga algo que ver con eso. Así que a medida que subía la cuesta, sentía algo extraño dentro de mí... Tenía la convicción de que en ese lugar sagrado, iba a encontrar la respuesta a todas las preguntas que nunca me había planteado hasta entonces. Pero como estaba un poco cansado, tenía frío y le había prometido a mi suegra traerle algo del Mont-Saint-Michel, se me ocurrió entrar en una tienda de recuerdos. Debo decir que no faltan en ese lugar los recuerdos para turistas... En fin, miré en la tienda si podía encontrar algo barato para mi suegra. Y entonces, como por arte de magia, me topé con una de esas bolas de nieve de cristal, llenas de agua, con el Mont-Saint-Michel dentro. ¿Sabéis a qué me refiero? En París hacen lo mismo con la Torre Eiffel. Automáticamente cogí el objeto en mi mano y luego, como impulsado por una voluntad ajena a la mía, comencé a agitarlo. No os lo creeréis, pero empezó a nevar. Quiero decir, primero dentro de la bola de cristal, por supuesto. Pero luego miré hacia la puerta. ¡También estaba nevando fuera! Fue entonces cuando me di cuenta de repente. Esa bola de cristal era el universo en miniatura. El mundo que tenía en mis manos. Me sentí iluminado por esa revelación. Miré la bola. Miré fuera. Cuanto más agitaba la bola, más nieve caía sobre el Mont-Saint-Michel. Me sentí todopoderoso. ¡Era el Todopoderoso! Bueno, después de un rato, como el vendedor me estaba mirando de reojo, tuve que dejar la bola. Poco a poco, toda la nieve volvió a caer y volví a la realidad. Pero desde ese momento, sé que el mundo es una bola de cristal en la que se puede ver el pasado y el futuro. Agitar la bola es como el Big Bang. Los copos nunca caen en el mismo lugar, en el mismo orden o a la misma velocidad, pero al final, toda la nieve siempre cae al suelo. Luego basta con agitar de nuevo la bola y todo comienza de nuevo. Siempre es diferente, pero al final vuelve a ser lo mismo. No hay dos copos iguales, todos siguen una trayectoria diferente, pero siempre hay la misma cantidad de nieve, y todo termina cayendo al fondo, ¿entendéis? Bueno, aún no he logrado entender quién agita el asunto y por qué, pero... tengo una idea. ¿Por qué creéis que todos los tontos que entran en una tienda de recuerdos en el Mont-Saint-Michel sienten un deseo irresistible de agitar la cosa de la que te hablo? ¡Por el placer de ver caer la nieve! Entonces, ¿por qué Dios, si existe, no querría hacer lo mismo? Y agarraos, que todavía hay más... ¿Y si Dios, al final, soy yo? Quiero decir, vosotros también, si queréis. En resumen, la suma de todos los tontos de nuestra especie, ¿verdad? Reconoced que eso os deja boquiabiertos, ¿no? Por eso, cuando la Directora me preguntó si tenía algunas nociones de filosofía para sustituir a la señora Salada, dije que sí de inmediato. Creo que fue un signo del destino, ¿entendéis? Una oportunidad para mí de compartir con la mayor cantidad posible de personas el conocimiento que he adquirido modestamente sobre los misterios del mundo que nos rodea... Bueno, creo que eso será suficiente por hoy. Tampoco vamos a exigir demasiado el primer día. ¡Venga, todos al suelo! Vamos a terminar haciendo unas cuantas flexiones. Mente sana en cuerpo sano, como dice la directora. Y para los exámenes, las flexiones siempre vienen bien, ¿no?

17 – Medio mensaje de Año Nuevo

Queridos compatriotas: mi mensaje de Año Nuevo durará la mitad de lo habitual porque hoy, 31 de diciembre, a las ocho de la tarde, estamos en estado de emergencia y el tiempo apremia. Para empezar, me espera una pava en casa, y es bastante dura de pelar. Quizá haya calculado mal las dimensiones: ni siquiera estoy seguro de que me quepa entera en el horno. En cualquier caso, a una hora de cocción por kilo, seguramente no podré hincarle el diente antes de mediados de enero. Pero olvidémonos de esa pava gigantesca y volvamos al redil; es decir, a ustedes, queridos compatriotas.

Mi deber como jefe del Estado consiste en advertirles de la situación catastrófica en la que se encuentra nuestro país. Cuando empezó este año, disponíamos de 365 días. Hoy solo nos queda uno. Imagínense hasta qué punto sigue aumentando nuestro déficit, inexorablemente, día tras día, año tras año. Tranquilícense: acabo de rogar a Dios que, en su infinita misericordia, nos conceda mañana una nueva línea de crédito de unos cuantos meses. Pero debo advertirles: nuestra nación no puede seguir gastando el tiempo sin contar con un presupuesto.

Por eso he decidido que, a partir del 1 de enero, solo sustituiremos uno de cada dos días. El año próximo durará, por tanto, seis meses. Empezará el primero de enero y terminará el 30 de junio, fecha en la que volveré a comparecer ante ustedes para desearles feliz año. Comprendo, naturalmente, que esos cambios, tan necesarios para nuestro país, exigirán algún esfuerzo de adaptación por su parte. Pero no se preocupen: con el calentamiento global, pronto no sabrán distinguir unas estaciones de otras y todos los años les parecerán iguales. A duras penas notarán que los años sin verano les resultan algo más desagradables que los demás.

En plena coherencia con esta reforma, que además tendrá la ventaja de duplicar el rendimiento de todos los impuestos que el Estado recauda anualmente, he decidido tomar otra medida de gran calado: suprimir el cambio entre el horario de verano y el de invierno, que lleva años dividiendo a la nación. ¡A partir de ahora solo habrá una hora, y únicamente durante seis meses al año!

Queridos compatriotas, les deseo un excelente medio año. Creo en el lado bueno de la fuerza y no los abandonaré. ¡Viva la República de los borregos y medio viva nuestra nación!

18 – Dejadme reír

«Haz el amor y no la guerra»... ¿Se acuerdan? Eso se decía durante la guerra de Vietnam. Por desgracia, antes de Vietnam ya se hacían las dos cosas al mismo tiempo sin el menor reparo. Y después hemos seguido, naturalmente. El amor se lleva de maravilla con la guerra. Esos dos siempre han formado una pareja estupenda. Piensen en la guerra de Troya, por ejemplo. La que ocurrió de verdad. La primera guerra más o menos digna de tal nombre. ¡Es una historia de amor! Bueno, una historia de sexo, que viene a ser lo mismo. Paris se acuesta con la bella Helena. Para recuperar a esa joya, Menelao empieza por endosarle un caballo de Troya a su rival y termina arrasando la ciudad entera. Porque no sé si lo saben, pero Troya ya no existe. Borrada del mapa. Si pensaban pasar allí las vacaciones de verano o la luna de miel el próximo invierno, tendrán que buscar otro destino.

Y, ya que hablamos de lunas de miel, no crean que estar enamorado impide invadir Polonia o exterminar a la mitad de la humanidad que menos se parece a uno. Seguro que Adolf estaba muy enamorado de Eva. La prueba es que se suicidaron juntos justo después de casarse. Debieron de pensar que lo mejor ya había pasado y que merecía la pena ahorrarse lo peor. Dos billetes de ida al infierno. Menudo viaje de novios. No, cuando el amor no es el descanso eterno, es simplemente el descanso del guerrero. Un encuentro rápido a escondidas, durante un permiso y entre dos carnicerías, antes de regresar al frente.

Pero eso es para quienes hacen la guerra a la antigua usanza, dos o tres veces por siglo: la gran guerra entre soldaditos, a campo abierto o arrasando ciudades. Luego está la guerra entre personas que se quieren. La de todos los días. Las escaramuzas conyugales, la guerrilla doméstica. Esa también funciona de maravilla. ¿Cuál creen que es una de las principales causas de homicidio en tiempos de paz? Los crímenes pasionales y la violencia de pareja. Por cada dos enamorados que se besan en un banco del parque, ¿cuántos acaban repartiendo bofetadas o disparos en el sofá del salón cuando se casan? Haz el amor y no la guerra... ¡No me hagan reír!

Si quieren mi opinión, sería mejor decir: «Haz humor y no la guerra». ¿Han visto alguna vez a dos soldados destripándose mientras se parten de risa? ¿O a dos enamorados dándose tortazos entre carcajadas? Yo, nunca. O, si ocurre, es que solo uno de los dos se ríe. El que lleva las de ganar. Hay que reconocer que a los tiranos y a los sádicos les encanta reírse, en público y en privado. Eso no significa que tengan sentido del humor. ¿Se han fijado? Los menos graciosos suelen ser los que se ríen más fuerte. Pero solo de sus propias estupideces.

No. El humor no es ni un placer solitario ni una relación impuesta. No consiste en reírse de cualquier cosa delante de cualquiera, suponiendo que la hilaridad es una enfermedad de transmisión social. No se ríe uno de corazón a costa del prójimo. El humor es un regalo de consolación que primero nos hacemos a nosotros mismos y después compartimos con los demás. Por caridad republicana.

Para seducir a una mujer, dicen que primero hay que hacerla reír. Tal vez las mujeres se digan que un hombre que se toma la molestia de hacerlas reír, en vez de limitarse a celebrar sus propios chistes, tendrá también la delicadeza de compartir con ellas el placer que quieran ofrecerle. ¿El amor o la guerra? ¡Las dos cosas, mi general! ¿Haz el amor y no la guerra? ¡Venga ya! ¡Haz humor y no la guerra! Y por lo demás, en general... ¡Déjennos en paz!

19 – Aquí o allá

Me gusta venir aquí... Hay sombra. No se oye ningún ruido. Normalmente no hay mucha gente. Y si uno se cruza con alguien por casualidad, no tiene obligación de darle conversación. Y este silencio... En el campo están los pájaros. Y los aviones. Los aeropuertos siempre se encuentran fuera de las ciudades, en medio de los campos, y para ir de una ciudad a otra los aviones tienen que sobrevolar el campo por fuerza. Los aviones hacen todavía más ruido que los pájaros. Y eso sin contar a los cazadores. No los que cazan perdices; esos, al menos, tienen una temporada de caza. Me refiero a los aviones de combate. A los cazabombarderos. Para ellos la veda está abierta todo el año. No hacen sus acrobacias encima de París, ¿eh? Como mucho una vez al año, por la fiesta nacional, sobre los Campos Elíseos. El resto del año dejan en paz a los parisinos. No, normalmente los cazas se entrenan por encima de los trigales. Entre los cuervos. Preparándose para la próxima guerra.

Sí, porque las guerras se hacen más bien en el campo, ¿no? Son una actividad al aire libre. Para empezar, hay más espacio para maniobrar. Y, además, una guerra es como ir de acampada: en el campo ensucia mucho menos. Verdún es una ciudad muy pequeña, rodeada de muchos campos. Y tiene un camping. La guerra en plena naturaleza apenas deja huellas. La Cruz Roja recoge los muertos y los entierra en el campo del honor. Luego crecen cruces blancas. Bien alineadas sobre el césped, queda todo muy limpio, como un jardín inglés. Las guerras en el campo provocan pocos desperfectos. Muy pronto todo queda en un mal recuerdo. Y después un recuerdo borroso. Al terminar una buena campaña militar, se aran los campos de batalla. Y ya solo queda volver a sembrar. Si hace falta, se llama otra vez a la aviación antes de la cosecha para que fumigue los últimos parásitos o lance agua sobre los incendios de matorral.

No, hay que reconocer que resulta mucho más fácil poner un poco de orden en el paisaje que tener que reconstruir exactamente como eran las ciudades que uno acaba de arrasar. Por cierto, ¿se han fijado? Cuando una ciudad queda destruida en una guerra, si hay un solo edificio que permanece en pie, es una iglesia. Lo llaman un milagro. De acuerdo. Pero es precisamente el único edificio que no sirve para nada. Sería mejor bombardear únicamente los lugares de culto, fuera del horario de los oficios. Habría menos víctimas. O limitarse a hacer la guerra a campo abierto. No, la naturaleza es mucho menos apacible de lo que creen los habitantes de las ciudades. Por eso yo, para encontrar algo de serenidad, prefiero venir aquí. Barrer para casa, por así decirlo.

Aquí... ¿Se dan cuenta? Es una locura, ¿verdad? A este lugar exacto, en este instante preciso, nos ha conducido toda la vida que hemos vivido hasta hoy. Nuestro particular recorrido de obstáculos. Todos los trenes que hemos cogido, y los que hemos perdido. Todas las muertes que nos han rozado, y todos los riesgos que nunca corrimos. Todas las mujeres a las que no tuvimos y las que nos dejaron. Diez años, veinte, cuarenta, ochenta... Todo eso para acabar aquí. Sin aliento. Nuestro currículum. Toda una vida corriendo. Bien podemos sentarnos cinco minutos a pensarlo. Dentro de una hora estaremos ya lejos, en otra parte. Otra vez en movimiento. Atrapados de nuevo en el torbellino. En el remolino de la vida, que nos arrastra inexorablemente al fondo de la piscina junto con el agua que sale por el desagüe.

El tiempo pasa. No podemos hacer nada. Nos atraviesa el cuerpo incluso cuando, hartos de luchar, decidimos quedarnos quietos, con los brazos cruzados, practicando

la resistencia pasiva. Así que nos pasamos la vida desplazándonos de un punto a otro para matar el tiempo. A veces viajamos. Pero casi siempre nos limitamos a ir de un lado a otro. A dar vueltas. Aquí o allá. A ir y venir. A volver sobre nuestros pasos. A girar en círculo. Imaginen que al final de la vida pudiéramos contemplar de golpe todos los desplazamientos que hemos hecho desde que nacimos. Como en una película a cámara rápida. Eso es lo que somos: la suma de nuestros movimientos dibujados con líneas discontinuas. De nuestros caminos y nuestros extravíos. De nuestras paralelas que nunca llegan a cruzarse. Esa arabesca luminosa que trazamos con nuestro propio aliento desde el punto de partida hasta el de llegada. A ninguna parte. Hasta que la luz se apaga. Me gusta venir aquí a familiarizarme con la oscuridad.

20 – Death Valley

A nuestras espaldas, la carretera se pierde en el infinito. El autobús se detiene en el arcén y bajamos tambaleándonos, cegados por el sol abrasador, entumecidos por esa eternidad que hemos pasado mirando al frente hasta llegar al final de trayecto que supone este nuevo comienzo. Sin decir una palabra, avanzamos por el paisaje lunar. Delante ya solo tenemos el desierto. Nos agachamos a recoger unas piedras y las lanzamos contra otras piedras, todas iguales, todas distintas. Evitamos mirarnos. Ya hemos hablado tanto. Estábamos borrachos de palabras. Y ahora sentimos náuseas. Permanecemos allí mucho tiempo en silencio, con un nudo en la garganta, y poco a poco reaprendemos a hablar. A hacer proyectos. A soñar nuestra vida una vez más, como una adivinanza.

Mi primero irá a Sofía. Allí será un poeta fracasado. ¿Acaso hay poetas triunfadores? Un poco dado a la bebida. Mi primero nunca ha estado en Sofía. Nadie va allí. No tenemos ningún motivo para ir. Precisamente por eso irá. En las trastiendas de cafés llenos de humo, ante mesas cubiertas de botellas vacías, perseguirá sin descanso las palabras de una lengua extranjera para componer malos versos. No pasará a la posteridad. Ni siquiera a la posteridad búlgara. Será poeta, sin más. Porque uno no es poeta. Porque los poetas no existen en la realidad. Y menos aún en Sofía. Un día, empapado de alcohol y nicotina, se desplomará sobre la mesa en mitad de un largo poema inacabado. Pero habrá sido fiel a su palabra. Hasta el final.

Mi segundo irá a París. Abrirá una tienda de alimentación en la calle Alexandre Dumas. Una tienda como las que regentan tantos comerciantes llegados de otros lugares. Siempre abierta. Por la noche, los sábados, los domingos. Mi segundo nunca saldrá de su tienda. Atenderá a los clientes charlando con ellos y contando chistes. Siempre las mismas conversaciones. Las mismas bromas. Cada vez más disparatadas. Hasta que un día las palabras que emplee, las mismas de siempre, dejen por completo de significar nada y se conviertan en una lengua muerta desconocida para todos, incluso para él. Entonces cerrará la tienda: «Cerrado por afasia». Irá a la estación de tren y tomará el primer tren para Bucarest. A la mañana siguiente, tras una noche sin sueños, despertará en un andén sucio pero soleado, lleno de viajeros apresurados y vendedores de refrescos *made in Romania*.

Entonces, entre el flujo de pasajeros en movimiento, mi segundo distinguirá a mi primero, inmóvil, milagrosamente resucitado, en realidad nunca muerto, bronceado por el sol, con pantalones cortos y alpargatas. Mi primero habrá vuelto a encontrar a mi segundo. Nuestras palabras recuperarán el sentido y serán como un largo poema que empieza siempre de nuevo sin llegar nunca a fijarse sobre el papel. Entonces saldré de aquella estación y me sentaré en una terraza. Pediré un café turco y, mientras los posos se depositan en el fondo, miraré mi destino cara a cara. Velaré hasta muy entrada una noche a la que solo le quedará un mañana. Y cuando salga el sol, será por la mañana. Delante de mí, la carretera volverá a perderse en el infinito.

21 – Noche de diapositivas

Contar nuestra vida se parece un poco a proyectar diapositivas. Las fotografías siempre resultan menos emocionantes para los demás que los recuerdos que guardamos de ellas. Pero en tiempos de selfis, ¿quién se acuerda del encanto casi narcótico de aquellas veladas de diapositivas? Para los más jóvenes habrá que explicarlo. Después de un viaje iniciático al otro extremo del mundo, que entonces podía ser Marruecos, Grecia o incluso una isla mediterránea, una pareja de aventureros de las vacaciones pagadas reunía a sus amigos más fieles alrededor de un bufé de sabores exóticos. Y, como recompensa, a la hora del café proyectaban las fotos de las vacaciones en la pared blanca del salón.

Naturalmente, antes aquellos grandes reporteros se habían tomado el trabajo de ordenar cientos de diapositivas en distintos cargadores, por temas, y de estudiar cuidadosamente la secuencia de las imágenes para dar mayor significado al conjunto. Además de dominar la fotografía, había que ser un maestro del montaje. Al pasar de una diapositiva a otra, siguiendo las órdenes del anfitrión a través de un mando con cable, el aparato producía un ruido parecido al de una fotocopiadora. Clic, clac. Los accidentes técnicos eran frecuentes, por supuesto. Un cargador colocado al revés, una imagen cabeza abajo... Había que interrumpirlo todo y arreglar el problema para que no se perdiera ni una pizca del espectáculo ni se desvirtuase su mensaje.

Así se prolongaba aquella interminable sesión de cine a cámara lenta, en la que cada fotograma era comentado en directo por el propio proyeccionista. ¡Había que ser muy buen amigo para soportar semejante prueba con una sonrisa, fingiendo extasiarse ante tanto exotismo! ¡Menuda aventura! Eso sí, luego tocaba devolver la invitación. Al año siguiente serían los otros quienes obligarían a sus amigos a ver la película de las vacaciones de su vida. Haber visto mundo y dejarse ver, una vez de vuelta en casa. Existir un poco, al menos una vez en la vida. Estar bajo los focos, cada uno por turno. Pero siempre entre los mismos. Felices ellos, que habían hecho un hermoso viaje.

Hoy, en la era del tiempo real, contamos nuestra vida mientras la estamos viviendo. En vez de vivirla, incluso. La existencia de la imagen precede a la esencia del viaje. La propia idea de exotismo ha desaparecido con la globalización. Viajar ya no es más que desplazarse. Ya no existe ese «otro lugar». Solo otros sitios. Ya no quedan recuerdos, y todavía menos porvenires. Solo un presente eterno. Hasta que los hologramas y la inteligencia artificial nos permitan estar en todas partes al mismo tiempo, para siempre. Como Dios. ¿Pero para qué? Yo vengo de un mundo desaparecido en el que los únicos hologramas eran nuestro reflejo en el espejo del recibidor y en el que la inteligencia, igual que la estupidez, todavía era completamente natural.

22 – La ópera de Manaos

Manaos es una isla perdida en medio de un océano de selva. Solo se puede llegar en avión o en barco, siguiendo esa ruta marítima que es el Amazonas, más largo que muchos mares y tan ancho que desde una orilla no se alcanza a ver la otra a simple vista. Con el paso del tiempo y de las corrientes, entre tempestades y naufragios, numerosos navegantes solitarios, llegados de la selva circundante o del otro extremo del mundo, han encallado en esta isla desierta ahora superpoblada, sin encontrar jamás el camino de regreso. Condenados a vivir juntos, comparten en la Tierra ese destino insular.

Marineros novatos embarcados en una nave a la deriva, llegaron al principio con la esperanza de llevar una vida fácil y enriquecerse deprisa. Para atraer a los compradores como moscas a un papel pegajoso, Manaos fue declarada zona franca. Una especie de paraíso fiscal, en definitiva. Sobre todo, un espejismo. Un gigantesco centro comercial de descuento donde todo se vende sin impuestos y, naturalmente, a crédito. Toda una vida a cambio de un televisor y una nevera, aunque no se tenga dinero para pagar la electricidad. La muerte por el sueño de encontrar una pepita de oro. La sórdida realidad de una vida de minero. Después de escuchar el canto de las sirenas, estos marineros de agua dulce terminan hundiéndose lentamente en el alcohol.

Como todos los buscadores de oro que pasan por la ciudad antes de adentrarse en la selva para excavar las entrañas de la tierra, en el fondo yo sabía que nunca encontraría lo que había venido a buscar allí, a plena luz del día, en el corazón de las tinieblas. Pero hay viajes que no podemos evitar sin faltar a una cita con nosotros mismos. Cuando un europeo llega a una ciudad del Nuevo Mundo, suele buscar instintivamente, como un marinero busca un faro, el monumento más antiguo que haya cerca. Aunque esté en ruinas. Unas piedras viejas apiladas como un mojón tranquilizador para el senderista demasiado intrépido que se haya perdido en la niebla.

Yo sabía que en Manaos había un teatro de ópera. No esperaba encontrarme de pronto en un gran bulevar europeo, en medio del Amazonas, pero la perspectiva de tomarme un café contemplando la fachada de un monumento histórico me tranquilizaba. No soy aficionado a la ópera. Jamás voy al Palacio Garnier. Pero, si aquí habían vivido constructores de teatros de ópera, tal vez quedara alguna otra huella de su supuesto paso civilizador. Algo que me ayudara a soportar la barbarie de ese oasis desmesurado, parecido a una cloaca, perdido en medio de un desierto cada vez más poblado y cubierto por una selva cada vez menos virgen.

En las aguas del puerto de Manaos, irisadas por el gasóleo, entre los barcos que descargan cada día electrodomésticos libres de impuestos y ropa *made in China*, unos niños se bañan desnudos entre toda clase de desperdicios. Se ríen, como todos los niños del mundo. O casi todos. Hasta la vida sale barata en los paraísos fiscales. Cuando el nacimiento ni siquiera se registra, la existencia tampoco está garantizada.

Había una cafetería enfrente del teatro. Pero estaban restaurando la fachada y el edificio permanecía completamente oculto tras una lona. Como una enorme pantalla de proyección que tapase la principal curiosidad de la ciudad para impedir que el turista de paso se llevase su recuerdo en una fotografía. Fui a Manaos y nunca vi su teatro de ópera. La vida es un viaje. Su final, una cita a la que no llegamos.

23 – Regreso a Ítaca

Escribir es una odisea. Reconstruir de memoria el camino recorrido con la vana esperanza de encontrar la ruta de regreso. Hasta el origen. Para descubrir finalmente que el viaje está en los mapas, que el origen no es el punto de partida y que el juego de la verdad es una partida de póquer de farol contra uno mismo.

Mi paraíso perdido es el Mediterráneo. Hijo del exilio, durante mucho tiempo quise ver en mi padre a un héroe. Un resistente gloriosamente derrotado. Sin embargo, en 1939 mi padre no era más que un adolescente. Una víctima desplazada. De hecho, nunca le oí hablar mal de Franco. Pero yo soñaba tanto con ser hijo de la utopía... Para mi padre, a decir verdad, el general Franco era más bien una especie de general De Gaulle. El orden moral, la paz social y el milagro económico. Quizá fuera por el parecido entre los nombres: Franco, Francia; De Gaulle, la Galia. Sí, más tarde, incluso entre los refugiados que volvían de turistas a su país, había quien decía que con Franco se vivía mejor...

Durante mucho tiempo presumí de que mi padre no me hubiera bautizado. Me gustaba ver en ello un acto simbólico de resistencia. Por desgracia, no fue más que un descuido. Si mi padre ni siquiera había ido al registro civil para darme un nombre, ¿por qué iba a llevarme a la iglesia para recibir el bautismo? No, el hecho de no creer en Dios no convierte a un refugiado en resistente. Y debería haber desconfiado del anticlericalismo de aquel padre que me internó durante siete años en un colegio católico...

Fue mi tío quien improvisó mi nombre de pila en el registro. Todavía recuerdo la risa traviesa de aquel buen obrero de la fábrica Simca al contar la anécdota: «¡Jean-Pierre Belmondo!». Por tanto, debería haberme llamado Jean-Paul. Mi apellido es el daño colateral de una guerra civil y de una derrota. Mi nombre de pila, el resultado de una indiferencia y un lapsus. Menudo bautismo republicano. Malentendidos. Errores. Contradicciones. ¿Todos esos azares conforman un destino?

Por supuesto, mi padre tampoco era franquista. Era solo un superviviente, no un héroe. No un guerrillero, sino alguien que sabía salir adelante. Mucha ambición y algo de estraperlo. Tres años de guerra civil y un éxodo. Seis años de guerra mundial y un exilio. Eso marca una juventud. No una lucha, sino muchas retiradas. No una herida, sino muchas cicatrices. Te hace resistente. No te convierte en miembro de la Resistencia.

¿Y yo? Más bien gaullista también, aunque gaullista de izquierdas. Francogalo de Barcelona, y ni siquiera catalán. Hijo de un republicano imaginado y de la República Francesa. Antes incluso de saber escribir, ya sabía que la escritura sería mi única patria. Soy el autor de mis días. Escribir es una odisea, un largo viaje de regreso hacia uno mismo. Habré realizado ese viaje contra viento y marea, jugándome la vida para conquistar mi libertad.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos
Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2
Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3
13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4
Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6
Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más
A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)
A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Enero de 2024

ISBN 978-2-38602-020-9

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.